

Taurohumor

San Humberto Flores de Ocotlán, nuevo mártir

Por **ENRIQUE GUARNER**

Se denominaron mártires a aquellas personas que fueron sacrificadas en los principios de este milenio por no renegar de su fe cristiana. Se supone, que a los emperadores que gobernaron Roma, desde Domiciano en el año 81 hasta Maximiano en el 311, decretaron el martirio de numerosos fieles religiosos. Para efectuar el acto, un funcionario público arrestaba al considerado como delincuente, llevándolo a un calabozo. Al principio por medio de la persuasión, se le pedía que renegara de su fe, pero si mostraba resistencia se le sometía a diferentes tormentos. En el caso extremo y bajo mayor presión, se le enviaba al circo o Coliseo, obligándolo a luchar con diferentes tipos de bestias, que incluían, leones, tigres, panteras y hasta toros salvajes.

La persecución contra los cristianos en los primeros siglos de la Iglesia, duraron alrededor de 120 años, y no cesaron hasta que Constantino adoptó la nueva religión en forma oficial. El ejemplo heroico de constancia y firmeza que dieron los mártires, fue objeto de admiración por parte de los demás cristianos, y aún los paganos llegaron a abrazar por ello la nueva fe. Debo señalar aquí, que los adeptos llegaron a recoger piadosamente, cuando podían, los miembros mutilados de los mártires, venerándolos como si fueran piedras preciosas. Incluso, más tarde les construyeron criptas y capillas, como depósitos de los sagrados restos, convirtiéndolos en testimonio de la fuerza que tenían las nuevas verdades.

El nombre de mártir, es tan digno de respeto, que no debe prodigarse tomándolo como escudo de armas de una familia taurina, a la que no pertenece, y para los que somos críticos, existen individuos sospechosos que aparecen en la Plaza Monumental de toros(?) México, fingiéndose entre los sacrificados. Uno de ellos surgió este domingo, y se llama *San Humberto Flores Nuño*, de 31 años, nativo de Ocotlán, Jalisco, quien valiéndose de la fe que algunos taurinos pusieron en él, decidió enfrentarse a un burel resabiado y difícil, que procedía de Hidalgo. Frente a su intrepidez, me atreví a entrevistarle para *Novedades*, y esto fue lo que me dijo con respecto al tema.

-Estoy enojado con Usted que no sabe apreciar la flagelación a que me sometí en el circo romano... ¡perdón!, en el ruedo más grande del mundo, sólo por demostrar que aquí mis chicharrones son los que truenan, y que me llevaría la *Oreja de Oro*. Para lograrlo, me enfrenté nada menos que al mastodonte llamado *Capulín* de Huichapan. Este bovino era un marrajo resabiado, que quería poner a prueba mi fe y mi convicción de que yo soy

el mejor torero del mundo, y que Enrique Ponce o *El Juli*, me hacen los mandados. Así me la jugué, y vea la terrible cornada por la que tuvieron que ponerme cuarenta puntos que padecí en el maxilar.

Un poco consternado, le dije a *San Humberto* que me extrañaba tanto heroísmo, porque en el fondo el pobre *Capulín*, como casi todos los bureles que se lidian aquí estaba discretamente *afeitado*, y esto fue lo que me constató:

-Mire Usted, el heroísmo no consiste en afrontar peligros reales, sino los imaginarios. Si yo veo en el campo que un buey va a atacar a una señora, me interpongo violentamente para demostrar que soy torero, y ayer en que mis cinco compañeros habían estado tan mal, aunque se enfrentaran con animales *rasurados*, decidí que les iba a dar un baño.

Como tampoco me convenció el nuevo argumento para que pudiera entrar en el grupo de los mártires, le hice ver que aquí resulta difícil de reconocer la valentía de los toreros, y es por eso que hemos decidido ver algo de arte, y no la serie de trapazos que nos endilgó.

Agregué que los toreros españoles como Enrique Ponce o *El Juli*, aunque vienen aquí a enfrentarse a novillitos indefensos, procuran compensarnos con faenas estética. Sin embargo, cuando torear en España como vimos a Julián López el jueves pasado, allí se enfrentan con verdaderos toros íntegros en cuanto a su cornamenta. Por ello, el llamado *Imperial* marcado con el número 24 y 559 kilos de peso, lo cogió aparatosamente haciéndolo que cayera sobre su región cervical, y doblándole el cuerpo como si fuera un trapo. En realidad, el peligro de matarlo estuvo allí, y no como ocurrió el domingo con el toro *Capulín*, que aunque peligroso, no podía cornar al viento. Ante la evidencia *San Humberto* se enroscó y enojado me dijo:

-Creo que la razón por la que Usted dice eso, es por defender la causa de los toreros españoles. Lo importante de un mártir no es el suplicio que sufra, sino la causa que defienda, y yo únicamente abogo por la Escuela Mexicana del Toreo...

Viendo que no había manera de convencerlo y que la torería nacional, nunca querrá que haya un veterinario serio para que creamos en los dictámenes que se efectúen en la Plaza Monumental México, me alejé del torero que intenta ser mártir y patriota, pensando en lo que Shopenhauer escribió en su *Eudemonología* que dice así:

Todo imbécil execrable que no tiene en el mundo nada de lo que pueda enorgullecerse se refugia en el nacionalismo como recurso de vanagloriarse del país al que pertenece por casualidad. El que verdaderamente posee méritos personales distinguidos reconoce, por el contrario, más claramente los defectos personales de su propia nación ya que siempre los tiene presentes a la vista.